

# Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos

modalidad virtual

ISSN 2525-0604

12, 13 y 14 de agosto, 2020.

## Distancia entre la experiencia vivida y la experiencia contada

Carolina Paula Gómez [caro\\_enroute@hotmail.com](mailto:caro_enroute@hotmail.com)

INES, Conicet. PPAS. Programa de Posgrado Antropología Social, UNaM

*“Lo que estamos capacitados para ver en los demás  
depende en buena medida de lo que  
está en nosotros mismos” (Guber, p. 134:2011)*

Fiel a mi modo de avanzar en la escritura, a decir verdad, en la vida misma, me propongo comenzar esta ponencia con algunas preguntas.

Buscaré acercarme, a través de ellas, a cómo he transitado el trabajo de campo y cómo estoy actualmente caminando el proceso de escritura de una etnografía.

¿Qué me sucedió finalmente cuando “saqué los pies del barro”, parafraseando a Guber (2011) y me senté a escribir? ¿Qué dificultades aparecieron al momento de presentar los datos recogidos a través de los registros y entrevistas e intentar plasmar la teoría del campo?

Abordaré la cuestión de la distancia, tanto física como temporal, con el campo, con la experiencia vivida. Aprovecharé la ocasión para escribir desde un lugar personal, desde mi cuerpo y desde mis emociones. Considero que son estos los espacios para animarse a hacerlo, expresarme sin tanta estructura. La estructura de la academia que muchas veces contiene y otras tantas limita.

En esa distancia, en ese “nuevo estar” o el “estar aquí” del que habla Geertz (en Cardoso de Oliveira, 2004) me surgieron algunas preguntas sobre cómo

escribir el texto. ¿Cómo presentar, por ejemplo, aquella información que considero valiosa (al revelar los matices y las complejidades del propio campo) y al mismo tiempo pienso que podría disgustarle a mis informantes al leerlo? ¿Hasta dónde comunicar lo que escuché? ¿Cuál es el límite? ¿Cómo resolver la tensión entre esa experiencia percibida “estando allí” y la sensación de perderla al alejarme del campo? ¿Se trata de una brecha que me separa de mi objeto de estudio o más bien de un miedo a lanzarme al proceso creativo?

Estos son algunos de los disparadores que intentaré ir desmenuzando a lo largo del texto con el objetivo de poder compartir un poco de lo que sucede cuando una comienza a dar los primeros pasos en la desafiante escritura etnográfica.

### **Dando los primeros pasos...**

En Marzo del 2016 realicé mis primeros acercamientos exploratorios al campo. En aquella época me encontraba cursando la Maestría en Antropología Social en la Universidad Nacional de Misiones y hacía un año había comenzado mi beca doctoral de Conicet<sup>1</sup>.

Si bien con el tiempo, el plan de beca sufrió algunas modificaciones, desde un comienzo el interés medular de la tesis estuvo vinculado a los modos de pensar y construir ideas de “naturaleza” desde el Estado Nacional, representado por la institución de Parques Nacionales.

La beca tenía como sede de trabajo la ciudad de Paraná y al ser parte de un Centro de investigaciones y transferencias<sup>2</sup>, el objetivo de la misma era poder transferir la investigación al territorio de la Provincia de Entre Ríos.

Por esta razón y por mis intereses personales, los posibles lugares para realizar la investigación y por ende lo que en Antropología se conoce como: trabajo de campo (TC), eran los dos Parques Nacionales (PN en adelante) con que cuenta la provincia. Por un lado, el PN Pre Delta sobre la costa del río Paraná y por otro el PN El Palmar, en la costa del río Uruguay.

---

<sup>1</sup> Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

<sup>2</sup> CITER (Centro de Investigaciones y Transferencias de Entre Ríos) Se creó como unidad de responsabilidad compartida o de doble dependencia entre el CONICET y la Universidad Nacional de Entre Ríos.

Luego de conocer ambos y entrevistar a algunos de sus trabajadores, decidimos junto a mi director de tesis, trabajar en este último PN.

Durante los primeros viajes, el trabajo consistió en identificar los actores sociales vinculados al área, tanto sus trabajadores, como aquellas personas, instituciones y organizaciones que tenían estrecha relación con la misma.

Finalmente, decidí focalizarme para esta primera etapa de la maestría, en el territorio que circunscribe al PN, para luego en el doctorado ampliar la mirada y salir al área circundante (poblaciones vecinas).

Como herramienta para emprender la tarea, elegí el método etnográfico, no sólo por sentirme afín a su modo de investigar y producir conocimiento social, sino también por ser una de las condiciones de la maestría en la que estaba inscripta.

Durante los cuatro años que duró el TC, la confianza en lo que estaba haciendo y en el cómo lo hacía fue variando. Hubo momentos donde me sentí: “como pez en el agua”, incluso llegué a caer en la trampa de “creerme una más”. Otros en cambio, generalmente cuando llegaban los límites de la burocracia para realizar alguna actividad en particular, me inhibía y quedaba deambulando sin saber por dónde continuar.

En noviembre del 2016, escribí en mi cuaderno de campo: *“Hoy durante la ronda de mates con los chicos del vivero, me dieron ganas de grabar la charla, de sacar el cuaderno y anotar todo lo que se estaba hablando. Me tuve que abstener, no era momento. Imaginé que llamaría la atención. (...) Al finalizar el día me sentí agotada de todo lo que había registrado con mi mente y el cuerpo. No sabía por dónde comenzar a escribir. Tenía miedo de olvidarme de situaciones, miradas, palabras”*.

El uso del grabador fue variando con el paso del tiempo. En los primeros viajes me resultaba incómodo e invasivo para mis informantes, con lo cual, al finalizar el día escribía en el cuaderno de campo, todo lo que recordaba cómo “importante”.

Al tiempo me pregunté, si el grabador le resultaba incómodo a mis informantes o acaso era yo la que no se sentía a gusto usándolo. ¿Qué me inhibía de la acción de tener un aparato grabando mis conversaciones?

En esos casos donde decidí no grabar, la pregunta era: ¿Qué es “lo importante” a registrar en el cuaderno luego de la charla? ¿Cómo selecciono lo que me puede llegar a servir luego para la escritura del texto final?

En el ir andando, fui aprendiendo y ganando confianza. Comprendí que el grabador podía no ser invasivo, si sólo me animaba a preguntar si podía usarlo. Cuando la respuesta era afirmativa (en la mayoría de los casos), luego me sentía más relajada para entregarme a la conversación, sin que esto significase dejar de registrar con todos mis sentidos.

Con el correr de los viajes, también comencé a entablar lazos cercanos, de confianza, con algunos de mis informantes. Me sentía aceptada, ya no era: *“la chica que nos viene a estudiar”*, como si fueran muestras de plantas<sup>3</sup>, sino que era: *“Carolina, la antropóloga que está investigando sobre la conservación en los Parques Nacionales”*.

La observación participante fue una de las técnicas que utilicé. Participé en sus actividades diarias, sus rutinas, salidas a campo de los guardaparques y brigadistas de incendios, acompañando en tareas de oficina y participando en reuniones. Hice más de treinta entrevistas grabadas y en total diez viajes con estadías que variaban entre los cuatro y quince días en el PN.

Pude participar tanto de instancias “oficiales” como reuniones y jornadas institucionales, como de circuitos de intimidad social. Como señala Quiroz (2014): *“el transcurso y resultados de un campo etnográfico que permite al antropólogo participar de circuitos de intimidad social serán distintos de aquellos implicados en un campo que solo habilita la participación en instancias “oficiales” – hechas para decir”* (2014, p.8).

El participar de ambas instancias, hizo que sin buscar demasiado me diese cuenta cuál era mi verdadero interés, qué era lo que buscaba en cada registro, en cada charla, donde ponía el ojo.

Como en cualquier institución, en el PN había una autoridad que no solo establecía las reglas, sino que también regulaba las relaciones (institucionales). Trabajar en un PN implica conocer esas reglas, qué se puede y qué no se puede

---

<sup>3</sup> La mayoría de los tesisistas que van a realizar sus trabajos de investigación al PN El Palmar son biólogos y/o veterinarios.

hacer en un área protegida, qué tipo de naturaleza se cuida, porqué y de quién. Si bien, consideré necesario conocer estos discursos y prácticas oficiales, el ir entrando en confianza con mis informantes, me abrió a otras charlas más íntimas, otros discursos y otras prácticas (¿extra-oficiales?).

Finalmente había conseguido salirme del “camino habilitado” para sumergirme en otros terrenos, esos donde pude conocer a personas con deseos, con angustias, frustraciones, preguntas e ilusiones, personas de carne y hueso.

Así como las personas hacen y crean Parques Nacionales, los Parques Nacionales hacen y crean personas. Me pregunté: ¿De qué hablan las personas en este lugar? ¿Qué se preguntan? ¿Qué se responden?

Con Omar, por ejemplo, un guardaparques baqueano<sup>4</sup>, salirnos del discurso oficial de “lo que se debe cuidar en un Parque Nacional”, tuvo que ver con su relato sobre el sentido que le encontraba a su trabajo. *“Acá hay que cuidar las especies nativas porque eso es lo que uno aprende. Y el monte hoy es lo que me da un trabajo digno, un salario todos los meses, por eso cuido”*, me dijo durante una caminata. De la conservación de ese espacio dependía su trabajo diario y esa era la razón principal para cuidarlo.

Por su parte Susana, una empleada del Departamento de Conservación señalaba: *“todo esto es una mentira, la conservación puertas adentro no sirve, a la larga nos vamos a terminar convirtiendo en un jardín botánico si no salimos a ver qué pasa afuera de los límites de este parque, qué problemas tienen las personas, que daños ambientales hay”*. Elida manifestaba una cierta frustración de “no poder hacer más”, los límites de trabajar en un PN los marcaba el propio Parque.

Por último traigo el relato de Manuel, empleado del vivero de nativas<sup>5</sup>, quién señalaba las incoherencias que se vivían dentro del área protegida. *“Acá adentro hay muchas incoherencias, pero de eso nadie habla. Nosotros estamos cuidando las plantas nativas, reproduciéndolas, guardando las semillas y vos ves que al*

---

<sup>4</sup> Los guardaparques baqueanos son personas que generalmente nacieron en la región y han trabajado en el campo desempeñándose como peones de estancia, hacheros, etc. Parques Nacionales los incorpora como guardaparques de apoyo (a los guardaparques de escuela) por el conocimiento práctico que poseen del ambiente.

<sup>5</sup> El vivero de nativas es un sector del Parque Nacional El Palmar

*mismo tiempo, los muchachos de mantenimiento pasan con la motoguadaña cortando todos los renovales de palmera. No hay una lógica, no hay trabajo en red”.*

Durante los cuatro años que duró el trabajo de campo, establecí un vínculo de mucha confianza tanto con Susana como con Manuel. Fueron personas con quienes forjé una relación cercana a la amistad. Con ambos encontré muchas coincidencias en nuestros modos de entender “la naturaleza” y su “conservación, así como coincidencias en las preguntas que nos hacíamos respecto a las políticas del PN.

En muchas ocasiones, dudé hasta donde decirles todo lo que pensaba respecto a las temas que debatíamos, cuánto podría ésto afectar nuestras charlas, cómo podría incidirles en sus respuestas y comentarios.

Al decir de Quiroz: *“el tejer esos vínculos consiste en ser francos en cuanto al “por qué” estamos ahí. Sin embargo, ello no quiere decir que tengamos que dar explicaciones que excedan la propia curiosidad de nuestros interlocutores, o que debemos explicitar nuestras preguntas y presupuestos de investigación; esa explicitación no solo puede ser contraproducente al direccionar, condicionar y/o estorbar a nuestros interlocutores en su decir y hacer”* [2014, p.8]

Sin duda, muchas de estas conversaciones tocaron en mí fibras íntimas, me hicieron dar cuenta que el Parque era mucho más que un espacio cerrado y homogéneo, que no había solo una forma de entender lo que allí se hacía, sino tantas como personas vinculadas al mismo.

¿Cómo comunicar el campo con todos sus matices, sus contradicciones y su riqueza?

Me encontré con que era momento de cerrar, al menos provisoriamente una etapa, para volver a mi hogar y ver qué tenía para decir y cómo pensaba hacerlo.

## **Entregarme al proceso creativo**

*“Y ahora que estoy en la recta final, ¿Que tengo para decir?”*

*¿Soy yo la que habla o es el campo? El campo habla a través de mi mirada, de mi recorte, de un fragmento que elijo contar” [ Diario de campo. Marzo 2019]*

Retomando a Quiroz (2014) creo que al igual que ella nunca tuve la suerte de comenzar a escribir sabiendo para donde me llevaría el texto. Jamás supe qué era lo que tenía que decir hasta que empecé y una palabra me fue llevando a la otra y así llegaron los sentidos de eso que estaba esperando salir a la luz.

Desde que volví del campo he pasado y navegado por estados que van desde frustración, confianza, enojo, desánimo e incertidumbre. Mucha incertidumbre acerca de como encaminar el proceso de escritura etnográfica.

Es en el marco de estos estados es que debo animarme a decir lo que tengo que decir, lo que elijo contar de mi experiencia en el campo.

Después de cuatro años yendo y viniendo del campo a mi casa, me encontré con más preguntas que certezas. ¿Qué es finalmente lo que tengo para decir? ¿Desde qué lugar puedo comunicar mejor el campo, desde la distancia o desde la proximidad? ¿Cómo comunico el lenguaje corporal y las emociones? ¿Cómo resuelvo la tensión entre el tipo de comunicación que demanda la academia y el respeto a lo vivido en el TC?

Como dice Renoldi (2008) el antropólogo no empieza el proceso de escritura con el papel en blanco. No existe una mirada inocente, siempre hay un interés medular fundado en la intersección entre la experiencia personal y la formación disciplinaria.

Renoldi está en lo cierto, la hoja no estaba en blanco, no obstante, ¿cómo ordenar todo lo vivido en el campo? ¿El texto escrito me alcanza para contar la experiencia vivida? ¿Quién me tiene que habilitar a decir? ¿Soy yo misma es quien me dirige?

De mi grado de apertura dependería poder transformar en un obstáculo o un vehículo del conocimiento lo que llamaría la experiencia sensorial, aquella que mis órganos de percepción me habían brindado (Guber, 2012).

La primer cuestión que me impacientó fue el cómo nombrar a mis interlocutores en aquellos relatos que consideraba más controvertidos. Sentí una enorme

angustia de pensar que podría afectarles en sus trabajos o molestarles que compartiese públicamente sus declaraciones. ¿Se trataba de un miedo a perder su confianza, su respeto? ¿O más bien una cuestión ética?

Una de las opciones analizadas al momento de escribir sus nombres, fue simplemente cambiarlos, tal como había visto en otras etnografías. Sin embargo, en este caso, no significaba resguardar la identidad, ya que el solo hecho de nombrar su posición laboral o contextualizar el campo (un tiempo y un espacio) ya daba la pauta de quién podría tratarse.

Esta es una cuestión que aún no he logrado resolver. Sigo buscando la forma de nombrar a mis interlocutores, sin que ésto pueda afectarles.

Por otro lado, una situación que me trajo una cierta incomodidad, fue encontrarme forzando a mis informantes para que viesan como yo estaba viendo el campo y se hiciesen las mismas preguntas. Esto pude sentirlo al desgrabar algunas de las entrevistas y escucharme en mis diálogos.

En ocasiones formulaba preguntas muy direccionadas, como buscando una respuesta particular, en vez de dejar que como mi co-directora me aconsejaba: “*el campo hablase por sí sólo*”. Para lo cual era necesario hacer un silencio.

Sin duda que se aprende haciendo y toda la experiencia del campo suma. Sin embargo me pareció interesante en esta oportunidad, traer(me) en estas sensaciones.

Lanzarme al proceso creativo implica confiar en mi proceso y principalmente confiar en lo **que** quiero decir y el **cómo** pienso hacerlo.

Esto me lleva a experimentar una gran tensión entre dos estilos de escritura y descubrir que no hay solo una forma de hacer etnografía. Por un lado, siento un peso, como si fuera un mandato, de escribir una etnografía clásica, al “estilo Malinowsky”. Por otro, me desborda la necesidad de lanzarme a la etnografía reflexiva y animarme también a jugar con un estilo más personal de escritura donde haya lugar para las preguntas filosóficas y el relato ficcional.

En esta enorme tarea de desandar el nudo me encuentro, observando que la tensión disipa, cuanto más una escribe desde un lugar de honestidad con una misma y su proceso. En este sentido encuentro en la etnografía reflexiva una llave que me permite sumergirme en el entramado del campo, sus complejidades y

matices, sin perderme en estructuras y formas rígidas, que muchas veces terminan “acartonando” los procesos de investigación.

Por último, y no por eso menos importante, algo que está haciendo que el proceso de escritura, por momentos, se vuelva lento y tedioso es la distancia que me separa del campo.

Estar en el campo me daba una cierta seguridad, si bien esa confianza la fui ganando con el correr de tiempo, llegó un momento donde sentí (ilusoriamente) que tenía al objeto de estudio entre mis manos.

Alejarme, no solo físicamente del PN, sino también temporalmente me llevó a distanciarme del *campo vivido* (Quiroz, 2014), de mis percepciones, de los datos y detalles que ningún papel ni grabador podría registrar.

Me pregunto: ¿Por qué esta sensación de que el recuerdo se esfuma a medida que me alejo. ¿Acaso podría estar relacionado a que tuve más participación que registro?

Como señala Holy (1984 en Guber 2012) la observación participante permite recordar que participamos para observar y que observamos para participar, es decir que, involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social. En mi caso ¿habían sido suficientes mis observaciones? ¿Cómo confiar en nuestro registro cuando estamos haciéndolo todo por primera vez y no queremos defraudarnos ni defraudar a nuestros informantes? Para ir cerrando esta ponencia me animo a decir que el desafío mayor está en animarse a crear con otros. ¿O acaso no se trata un poco de eso la escritura etnográfica? Construir en relación, en vínculos y con la confianza de que siempre será un modo más de ver el mundo, aquel que vamos a contar.

## **Bibliografía:**

- Cardoso de Oliveira (2004) *El trabajo del antropólogo: Mirar, Escuchar, Escribir*. en: Avá, Revista de Antropología N° 5; Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNAM, Posadas

- Guber, R. (2012). ***La etnografía. Método, campo y reflexividad.*** Buenos Aires. Siglo XXI.
- Renoldi, Brígida (2008) ***Narcotráfico y justicia en Argentina. La autoridad de lo escrito en el juicio oral.*** Buenos Aires, IDES-Antropofagia.
- Quiroz, Julieta (2014) ***Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología.*** Publicar - Año XII N° XVII –[p. 47-65]

